

# MONUMENTO E INTIMIDAD

JEAN-FRANÇOIS CHEVRIER



La crítica arquitectónica no ha prestado nunca gran atención a la dimensión psicológica, o psíquica, de la arquitectura. Tal desinterés se explica por el pragmatismo desde el que se considera la arquitectura, por el carácter técnico de la profesión y por el peso de los criterios funcionales, si no funcionalistas, en la evaluación de los proyectos y de las formas construidas. Y el *star system* no ha ayudado nada: favorece el trato distintivo, las diferencias fácilmente identificables y los efectos de imagen de marca —tanto en el comentario como en la propia producción— antes que el contenido subjetivo de los procesos de investigación o experimentación.

En su enfoque de la arquitectura, Herzog y de Meuron dan prioridad a la investigación; en cuanto a formas y materiales, pero también en el aspecto de los procedimientos de colaboración y de elaboración programática. Al mismo tiempo, saben y no han dejado de recordarnos todo aquello que distingue el trabajo de los arquitectos del que corresponde a los artistas. Mientras éstos pueden concentrar su actividad sobre el proceso mental, las hipótesis y las asociaciones subjetivas que llevan a cabo, incluso si se imponen a sí mismos limitaciones estrictas u objetivas y optan por lo impersonal, el arquitecto está obligado a tener siempre en cuenta las *normas productivas* en función de estándares obligatorios. Frecuentemente se denuncia hoy que la 'conformidad con las normas', en el sentido técnico y administrativo del término, es la forma más restrictiva de homologación del trabajo arquitectónico. Un ejemplo contrario podría ser el *Epicentro Prada en Tokio*, donde se muestra que las limitaciones reglamentarias pueden funcionar en beneficio del proyecto, ya que fueron las normas de implantación y altura las que determinaron, en este caso con la ayuda de un proceso informático, la forma del edificio. Pero las normas productivas, mal identificadas, representan una traba mucho más terrible. Al corresponderse con los estándares del mercado de la construcción, definen enteramente el marco de ejercicio profesional. Y se aplican en su mayoría de forma automática en situaciones en las cuales la norma administrativa es poco consistente, en particular en los países en desarrollo acelerado, donde pueden identificarse fácilmente. Pero en los países hiperdesarrollados, que quedan como un campo de acción privilegiado para la arquitectura de autor, no pueden identificarse sin un ejercicio de introspección por parte del arquitecto, porque la calidad técnica enmascara a menudo la banalidad del proyecto. Esto supone exigencia de calidad y vocación de investigación, así como ciertas capacidades intelectuales y psicológicas, sentido crítico y autocrítico, que contradicen el conformismo y el cinismo de la búsqueda sistemática de eficacia productiva.

Todo arquitecto se enfrenta cotidianamente a la cuestión de cuánto interés, atención y tiempo debe consagrar a la exigencia de cumplir las normas, y qué efectos puede tener eso sobre su proyecto. ¿Hasta qué punto debe 'ocuparse de' y 'preocuparse por' ello? ¿Debe ponerse enteramente en manos de especialistas, de técnicos independientes, y renunciar a intervenir en ese ámbito para concentrar su atención en las cosas esenciales, estéticas o 'estratégicas', del proyecto? El ámbito de las normas productivas y de los estándares del mercado es evidentemente más amplio; está demasiado extendido para que el menosprecio de los 'detalles' de construcción sea otra cosa que una renuncia al espíritu de investigación. Los límites de la invención arquitectónica contemporánea pueden por lo demás resumirse en dos posiciones adoptadas generalmente por los actores de la profesión frente a las normas, sean éstas manifiestas (prescritas) o tácitas. La primera es la búsqueda de eficacia productiva, cuando el proyecto se limita a una combinación de fórmulas y procedimientos constructivos, procurando el arquitecto un rendimiento óptimo por metro cuadrado y unos efectos de imagen garantizados. En ese caso, las normas productivas pueden perfectamente respetarse, con efectos secundarios a veces catastróficos, particularmente en lo que se refiere al entorno y en ocasiones incluso al funcionamiento interno del edificio. La segunda posición, minoritaria pero característica de quienes ocupan un lugar de referencia, es la de aquellos arquitectos que añoran libertad y 'creación', entendiendo esta palabra con el sentido que se emplea en la moda, el diseño y la comunicación. Estos arquitectos se preocupan generalmente poco de los detalles, salvo cuando éstos tienen un carácter espectacular.